

MARTINEZ MEDIERO: «Voy a estrenar. Ustedes perdonen»

AUTORES jóvenes? No, porque los hay que ya no lo son. ¿Autores nuevos? Tampoco, porque ni se sabe exactamente lo que quiere decir «nuevo» ni procede llamar así a quienes llevan años escribiendo y se mueven en las tendencias más diversas. ¿Autores prohibidos? Eso andaría más cerca de la realidad. Pero tiene el peligro de darle a esa contingencia valor de categoría dramática y aun de presentar el problema como un hecho puramente administrativo.

Me quedo, pues, con lo de «autores secretos», que señala la situación contradictoria: tener talento para escribir teatro, haberlo escrito y guardarlo en un cajón. Aunque al respecto existan claras diferencias entre Martín Recuerda, Rodríguez Méndez, Francisco Nieva y Manuel Martínez Mediero, los cuatro nombres convocados. El primero ganó un Lope de Vega y ha llegado a estrenar en los teatros oficiales, mientras de Nieva, por citar el otro extremo, sólo recuerdo una sesión privadísima en la Escuela Superior de Arte Dramático. Sin embargo, y esto es lo que cuenta, los cuatro poseen una obra importante y desconocida, y los cuatro, beneficiados por la primavera «aperturista», han visto, al fin, autorizados algunos de sus textos prohibidos. Los cuatro, en fin, figurarán, si no hay «retroceso», en el censo de autores «públicos» de la próxima temporada.

El primero de los convocados es Martínez Mediero. Y lo es precisamente porque una de sus obras, inicialmente titulada «El bebé», rebautizada luego con un título mucho más largo, va a estrenarse dentro de unos días en el Alfíl y conviencen a estas entrevistas que el «secreto» aún subsista cuando caigan en manos del lector.

Lo que se trata, más que de analizar tal o cual obra en concreto, de decidir su grado de interés, es de conectar con cuatro autores marginados y de saber —como casos concretos y como ejemplo representativo de cuantos se hallan en parecida situación— de su lucha larga y difícil.

—Llevo diecisiete años escribiendo teatro, y en algunos momentos he llegado a pensar que estaba cometiendo algo que iba en contra de mí mismo y de mi patria. Yo pertenezco a una familia española que ganó la guerra, pero yo crecí libre y sin prejuicios y un día creí que esa libertad mía la podía verter sobre unas cuartillas. El tiempo me fue desenga-

ñando y me fui llenando de miedo y de pesadillas. Pero de alguna manera me cuesta creer todo lo que se ha creado en torno a mí. Mi teatro es, en algunos casos, una tremenda contestación, pero siempre hay un personaje que va contento al sacrificio, y ese personaje soy yo, con un miedo desesperado, no a la libertad, sino al ejercicio de una supuesta libertad contra la que siempre me están intimidando.

(Diecisiete años en los que Mediero ha ido pasando de obras escritas «pensando en el estreno» a la acritud de un teatro verdaderamente antropofágico, a una

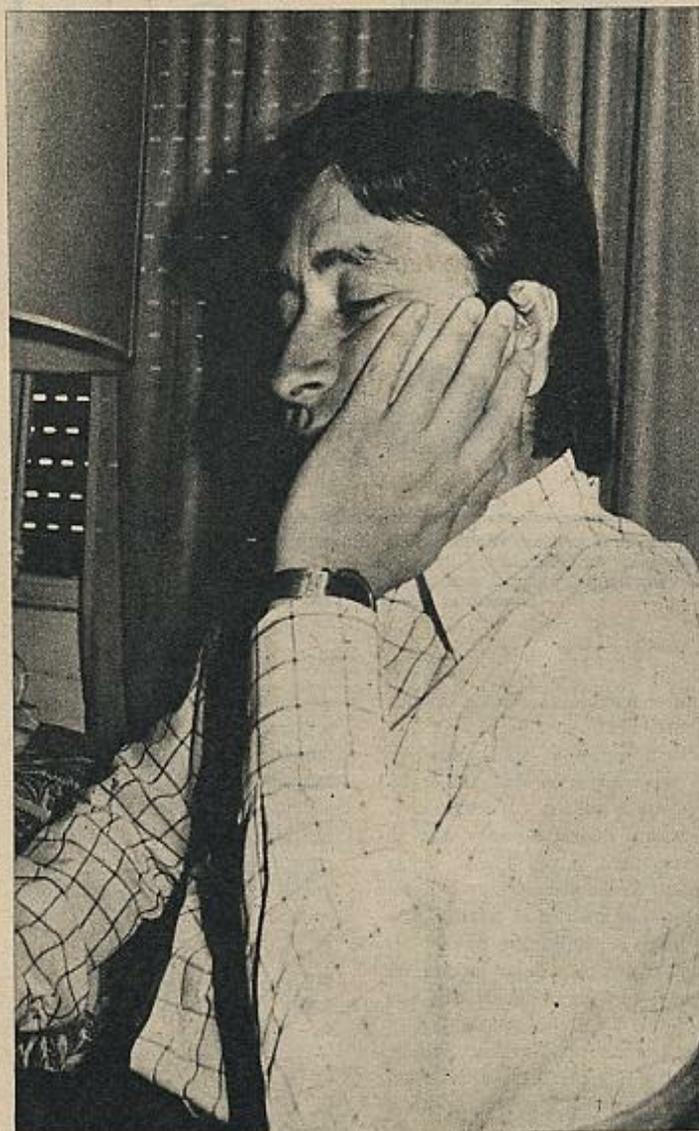
dramaturgia desolada, donde los personajes tienen mucho de guiñapos, de enfermos de soledad política.)

—El camino que he recorrido no lo volvería a recorrer. Mi primera obra, «Jacinta se marchó a la guerra», estaba entre el esperpento y Víctor Ruiz Iriarte. Gala había obtenido un gran éxito con «Los verdes campos del Edén». Ingenuo de mí, creí que el ciclo seguiría su curso. Un año o dos después se estrenaba en Madrid «Después de la caída», de Miller, y mira por dónde la técnica de mi «Jacinta...» se quedó en un «adopta usted la técnica de la

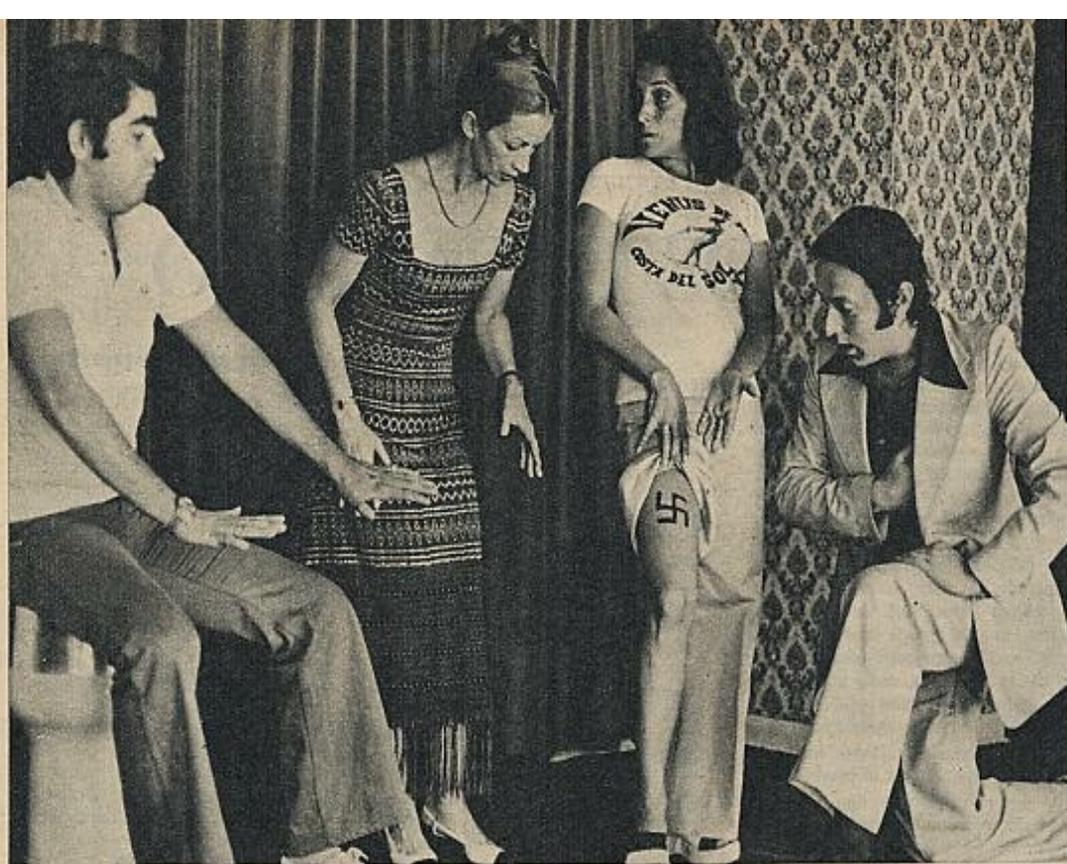
última obra de Miller». Un trabajo roto. Fueron mis primeras escaramuzas. La censura todavía no había hecho acto de presencia en mi vida. Todavía no podía yo ni imaginar que el Ángel de la Guarda que teníamos los españoles, además del Ángel de la Guarda que tiene todo el mundo, no iba a dejarme vivir en paz con oficios y más oficios. Y mira también por dónde el famoso artículo diecinueve, que nadie sabe muy bien lo que dice, se había empeñado en corregir mis desvíos políticos. Fue en el sesenta y siete cuando se me ocurrió escribir una obra de teatro en la que a un cura, a través de una falsa emisora de radio, le gastan la broma de que el Concilio Vaticano II ha abolido el celibato eclesástico. No sé bien a quién leí la obra, pero me aconsejaron que la guardara en una caja fuerte. A partir de ese momento me fui labrando un negro porvenir, del que cada vez me ha sido más difícil salir.

(Y el caso es que yo recuerdo cuando Martínez Mediero daba por hecho el estreno de una de sus obras en el Lara, en la época en que muchos de nuestros autores hoy «secretos» aceptaban —¿no habían estrenado Sastre, Olmo, Muñiz, o los mismos Rodríguez Méndez y Martín Recuerda obras consideradas difíciles?— que buena parte de sus problemas eran iguales a los que tuvieron la mayoría de los dramaturgos que comenzaron a escribir sin someterse a los criterios dominantes.)

—Hay una etapa de mi vida de autor que está entre Kafka y Beckett. Mi gran amigo José María Rodríguez Méndez escribió un artículo en «El Noticiero», de Barcelona, glosando mis dos primeras obras. Los trenos de José María ablandaron el corazón de Alberto Closas. «¿Dónde está ese autor?, quiero leer su obra...». La sorpresa fue tan grande que estuve al borde del infarto. Me veía estrenando en el Lara y la Comedia. Por las noches soñaba con Marquerite... Fue una etapa inolvidable. Pero más dura es la caída. Closas intentó estrenar «Jacinta» en el Lara y así se lo comunicó a Conrado Blanco. La entrevista entre Closas y Conrado Blanco nunca me la aclararon del todo. No puedo asegurar que estuviera presente el padre Félix García. La negativa fue rotunda. El camino, efectivamente, no era ése, ¿pero había otro camino? Mis contactos en Barcelona fueron infructuosos. Si no estrenaba José María, cómo iba a estrenar



Manuel Martínez Mediero: «Llevo diecisiete años escribiendo teatro...».



Los actores de «El increíble western del bebé, su madre, la enamorada de Hitler, el bello Penélope y la impar historia del atraco al Banco de Inglaterra», sigulendo unas orientaciones del director, Angel García Moreno.

José Monleón

yo... Cogi, además, la fiebre de «Ronda de mort a Sínera». Imposible. Me fui a Bilbao a terminar Económicas, que me pesaban como un entierro de tercera. El contacto con Akelarre y con Luis Iturri fue esencial para mí. Allí se montó «El convidado» y «El último gallinero», con la cual se ganó el Festival de Sitges. A partir de este momento, la cerrazón de la censura fue total, y, de alguna manera, yo seguí mi camino, totalmente independizado de

todo. Los años setenta y uno, setenta y dos y setenta y tres son para mí los años más sinistros del teatro español. Listas negras-obstáculos, etcétera, etcétera. Creo que no es necesario dar nombres...

(El juego se había terminado. La baraja estaba rota. La censura se endureció, los autores se radicalizaron y hubieron de asumir —cada uno como pudo— su triste, adulto y obligado papel de «secretos».)

—Dentro de mi producción hay una obra que me abre, formalmente y a escala ideológica, un nuevo camino. Con «Las planchadoras» toco el techo de mis posibilidades. En esa obra estoy yo y estamos todos con nuestra impotencia y nuestras frustraciones. Sobre la obra se derrama el Premio Ciudad de Alcoy y una furiosa prohibición extensiva a su publicación. Todo me parece exagerado, porque la obra es una especie de parábola, pero no está el horno ni para parábolas ni para elipsis...

»Y volver, volver a empezar. Pensar una nueva obra. Escribo «Perdido paraíso», una obra que no todos han entendido. Los Cátares intentan estrenarla. Imposible, imposible... Conforme encuentro más dificultades, mis textos se hacen cada vez más cachondos. Esto, psiquiátricamente, debe de tener sus razones. Debe ser un poco como volverse loco. Escribo «Las hermanas de Buffalo Bill» (publicada en Fundamentos), «El automóvil» (que estrenará Akelarre, y ya aprobada por censura) y «El bebé». Este último texto es censurado rabiosamente por los artículos catorce, diecisiete, dieciocho, diecinueve y no sé cuántos más. Es noviembre de mil novecientos setenta y tres. Me mandan los textos de censura y da pena verlos. Un censor se ha entretenido en corregirme las faltas de ortografía y ponerme los acentos al mismo tiempo que con el lápiz rojo tachaba la frase que corregía. Esto

es profesionalidad y lo demás gaitas gallegas.

(El silencio está a punto de romperse. Algo debe haber significado la publicación de «Las hermanas de Buffalo Bill», y también es importante que Iturri piense en «El automóvil». Sin embargo, es el estreno de «El bebé», por Angel García Moreno, abriendo la «nueva orientación» del Alfil, el hecho de mayor relieve. Aunque el estreno se produzca en la primera decena de agosto.)

—«El bebé» es una obra que se desarrolla en Londres. La censura no quiere que el alma inglesa se pierda. Con la nueva Administración, envío una carta al nuevo director general de Teatro, rogándole la revisión de «El bebé», por considerar una injusticia de tamaño catedralicio su prohibición. El director general me contesta «que se estudiará de nuevo el expediente». Era una carta, no un oficio. Yo no salía de mi asombro. ¿Pero es posible que a un pobre mortal le conteste todo un director general? Días después, y en otra carta, me comunicaba la aprobación de la obra. Los cortes han sido mínimos. Con sorpresa y casi aterrado estoy a las puertas de un estreno en Madrid. «El bebé» tendrá un título más largo. Se llamará «El increíble "western" del bebé, su madre, la enamorada de Hitler, el bello Penélope y la impar historia del atraco al Banco de Inglaterra».

(¿Qué supone poder mostrar un teatro escrito en las condiciones de Martínez Mediero? ¿Qué va a suceder cuando esta dramaturgia antropofágica, cocida en la soledad y el silencio, suba a los escenarios? Visto el panorama teatral español, con su mezcla de intransigencia, frivolidad y pedertería de mala uva, la salida a escena de Mediero tiene algo de sinceridad impúdica.)

—Me da miedo echar la mirada atrás. ¿Estreno con todas mis facultades mentales sanas? ¿Es muy tarde para estar sano? ¿Estoy haciendo algo contra mí mismo y contra mi patria? ¿Puedo ejercer la libertad? ¿Haré daño? No quiero hacer daño. Por favor, voy a estrenar. Ustedes perdonen. Un amigo.

(A través de las últimas palabras de Martínez Mediero nos encontramos con una de las constantes de su teatro: la petición de libertad y el temor a violentar con ella a los demás. ¿Será por haber oído tantas veces que la libertad conduce al libertinaje y a la quema de autobuses? ¿Será porque la libertad es una ética casi incomprensible para las atemorizadas hermanas de Buffalo Bill? ¿No estará queriéndonos decir Martínez Mediero que es necesario conocer el problema —la inmensa distancia entre liberación y libertad— y estar dispuestos a arrojárselo? ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



Carmen de la Maza, Carmen Rossi, Pedro Civera y Pedro Meyer ensayan el primer estreno comercial de Martínez Mediero.